

¡...Y NO CONOCIÓ LA ENVIDIA!

Ni la soberbia, ni el desprecio, ni otras capacidades no impropias de colegas. Al contrario, la amistad, la magnanimidad, el servicio desinteresado, fueron sus anhelos más apreciados. Siempre dispuesto a compartir sus conocimientos (que eran muchos), sin parecerlo ni exhibirse, con el interlocutor, fuera conocido o no; jamás pensó que perdía el tiempo ayudando a los demás. No conozco intelectual más desinteresadamente dispuesto al diálogo científico en cualquier circunstancia. La altura de miras fue su norte sin concesiones a la vulgaridad o al aplauso. Yo que fui depositario de muchas de sus confidencias e inquietudes, puedo decir que no le conocí bajeza alguna.

Sí tenía vicios confesados, y el mayor de ellos fue ser un leal amigo de sus amigos. Era un hombre divertidísimo y absolutamente respetuoso con los demás: los que convivimos con él no concebimos por qué era tan poco conocida su categoría humana. Algunos lo trataron muy tarde (quizás su porte serio...), y sé de más de uno que se lamenta de no haberlo descubierto antes. He conocido pocos hombres que hayan juntado a una inteligencia tan clara un tan sano sentido epicúreo de la vida: “dale algo a mis amigos”, le decía al camareero. Gozaba con sus amigos, presumía de ellos y frecuentemente los evocaba.

Yo creo que su segundo vicio fue el de la avaricia, la avaricia de aprender, de saber y, sobre todo, de transmitir. El trabajo científico riguroso era su obsesión. Nunca le oí opinar a la ligera, a lo sumo desenfadadamente y haciendo gala de su sempiterno buen humor en calle, en la tertulia, en el restaurante. Profundizaba en cada cuestión, en cada pregunta, en cada nuevo interrogante surgido

de la plural vida de nuestros días. Yo sé de algún honrosísimo (y brillante) puesto que le ofrecieron, pero prefirió el trabajo diario, sin descanso, todos los días y desde las siete de la mañana, y siempre sin alardear de la obra que estaba construyendo.

Para la ciencia, para la sociedad y para la universidad de Salamanca se fue un hombre en la plenitud de su saber y de su equilibrio intelectual; para nosotros se nos fue, además, un amigo.

Limpio por dentro como un niño y la sonrisa franca de un hombre por el deber cumplido, éste es el Antonio que conocimos.

Ahora sufren Maíta, Juan, Lidia... (¡Ah, su nieto, su nieto...!), pero yo sigo pensando en Antonio.

Ángel Marcos de Dios